

UNIVERSIDAD DE CUENCA

Presencia de la Poesía Cuencana

34

César Dávila Andrade

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"

CUENCA—ECUADOR

1963

CESAR DAVILA ANDRADE

Quiero decir aquí del César que sentía un asombro casi infantil, es decir, perfectamente poético, cuando descubría nuevas palabras, cuando hallaba el verdadero y diáfano sentido de las palabras bellas... Quiero decir del César que sentía el encanto del encuentro de las palabras, así como el niño siente el encanto de los nuevos matices de las flores pequeñas o de los rayos de luz que atraviesan las vidrieras... Quiero decir del César que era simplemente feliz cuando hallaba las fragantes palabras: molino, panojas, lilas, gacela, ánades, berilo, musgo, golondrina, guzla, silfides...

Quiero decir del César que sentía la poesía como fraternidad natural y simple con los seres y las cosas y, por ello mismo, la honda y profunda y definitiva fraternidad con los seres y las cosas... Del que empleaba la magia, pero una magia blanca, la magia transformadora del cielo en nubes o del agua en espuma... De magia tendida como velo sutil, sutilísimo, para poder contemplar en amor los pequeños milagros: nacer del álamo, desnudarse de la estrella en el agua, volar el alma de las alas en el suspiro,

despedirse el cielo para su sueño azul con un lucero recién nacido en la frente...

Quiero decir del César Poeta, Poeta cuencano, poseído de la simple y perfecta y cierta misión de la poesía: buscar apasionadamente y hallar apasionadamente el alma de los seres y las cosas... Del César que diera a nuestro paisaje interior en poesía una nueva dimensión de inesperada dulzura, un nuevo sentido de delgada eternidad...

Quiero decir del César que sonreía amablemente a la vida y los acontecimientos de la vida, que tenía en sus manos y en su pensamiento la frescura del musgo después de la primera visita del rocío, que sabía hablar con el polen y le ponía nuevas golosinas de colegiala a la margarita...

Quiero decir del César que aun en sus profundas penetraciones a los Secretos, nunca abandonaba la transparencia, logrando que la roca adquiriera voz perfecta o que el espejo se transforme en cielo ahondado para futuros límpidos acontecimientos...

Quiero decir del César que era contemporáneo de las vertientes nuestras, que dirigía la brisa y detenía en el milagro de la clara palabra la música del aire, el levisimo lied del viento, la caricia en canción de la gotera...

Quiero decir del César que cantó a Teresita con un íntimo colmenar de palabras encendidas en esencia de sentimiento, con una colmena bellamente encendida de ternura, con un vuelo inmaterial de abejas doradas, con un natural y sobrenatural florecer

de jardines tan pequeños como para poder ser sonrisa en labios de la Santa creadora de la lluvia de rosas...

Quiero decir del César que halló a Dios como Arquitecto Supremo, constructor del palacio de los soles pero también de la pequeña hormiga que sube su árbol bajo la caricia luminosa del sol de Enero...

Este es el César Poeta cuencano, el Poeta nuestro, el que deletrea las aguas de nuestros ríos y acarician las enredaderas de aroma que se elevan cada noche desde los pechos de las muchachas dormidas...

Este es el César que se levanta como el aire purísimo que circunda la montaña de fragancias naturales, leves, aéreas, perfectas...

Este es también el César del mundo, el César que enseña al mundo la voz de la belleza, que se alegra intensamente con su solo deseo y vocación de Poeta, es decir, de traductor de lo visible e invisible al idioma que va cayendo en el alma tan dulce, tan cierta, tan eternamente...

Este es el César de nuestra Poesía... Este es el César de la Poesía... Este es, éste es...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON

INVITACION A LA VIDA TRIUNFANTE

Amad toda esta vida en la que Dios transita.
Esta alegría inmensa de ser hombres.
El don de hablar con amor toda palabra.
Esta certeza de morirnos una tarde.
Esta seguridad de volver cualquier mañana.
Esta grandeza de vivir al pie de nuestra propia alma.
Amad la muerte que nos quita una madre o una amiga.
Las lágrimas de la ternura inesperada.
Amad a los que sufren un amor metafísico
y a los que aún padecen un olvido divino.
Amad a las personas que nacieron con melancolía.
A todos los que llegaron por la noche
con la mitad de una canción entre los labios.
Amad a las muchachas que padecen del pecho
y a las que van descalzas al fondo de la noche.
Amad a las muchachas que sonríen
al escuchar alguna voz querida,
pero también a aquellas
que nos pueden herir sin ser heridas:
decídesles que el amor puede amar el olvido.

Amad a las que siempre ausentes viven
en la delgada niebla de una fotografía.
Amad a los mendigos del camino
y a los que aún no tienen su castigo.

Amad a aquellos que aún no existen
y que, ansiosos, desde un lugar divino
quieren bajar a uniformarse de cautivos.
El ancho mar antiguo, constructor de trirremes.
Vuestro futuro peso de escultura apagada
dentro la gran certeza del manto subterráneo.
El espacio por donde vuestra alma sube y canta,
encuentra el terciopelo aéreo de la nube
y la presencia interna de Dios dentro la nada.
Amad los cataclismos en su crueldad perfecta.
La primavera henchida de nidos y de espigas,
perfumada y magnífica, gozosa e inconsciente.
La mariposa blanca que recibe en sus alas
todo el profundo peso de las noches de mayo.
Los astros, las montañas; la gacela y el ángel.
La luna, los arroyos, el mar y los adioses.
La gloria de que el cielo sea un estado de alma.
Y la delicia oculta de morir en los dioses.

CANCION A TERESITA

(Apasionadamente)

Pálida Teresita del Infante Jesús,
quién pudiera encontrarte en el trunco paisaje de las estalactitas,
o en esa nube que baja, de tarde, a los dinteles,
entre manzanas blancas, en una esfera azul.

Caperucita parda,
quien pudiera mirarte las palmas de las manos,
la raíz de la voz.

Y hallar sobre tus sienes mínimos crucifijos,
bajando en la corriente de alguna vena azul.

Colegiala descalza,
aceite del silencio,
violeta de la luz.

Cómo siento en la noche tu frente de muchacha,
encristalada en luna bajar hasta mi sien.

Cómo escucho el silencio de tu paseo en niebla,
bajando la escalera de notas del laúd.

Cuando amanece enero, con su frío de nácar,
sé que tu pecho quema su materia estelar;

y qué la doble nube de tus desnudos hombros
se ampara en la esquina delgada de la cruz.

Cómo escucho en la noche de caídos termómetros,
volar, rotas las alas, el ave de tu tos;

y llorar en las islas de una desierta estrella
a jóvenes arcángeles enfermos como tú.

Teresita:

esa hierba menuda que viene de puntillas
desde el cielo a las torres;
ese borde de guzla que nace en los tejados;
esa noción del beso que comienza en los párpados;
la trémula angostura del abrazo en los senos;
todo lo que aún no irisa la sal de los sentidos
y es sólo aurora de agua-y antecede a la gota,
y tiene únicamente matriz en lo invisible;
lo mínimo del límite, lo que aún no hace línea,
eres Tú, Teresita, castidad del espectro.
La comunión primera de la carne y el cielo.

Cuando el olivo oreo su balanza de nidos,
cuando el agua humedece la niñez del oxígeno,
cuando la tiza entreabre en las manos del joven
la blancura de un lirio que expiró en la botánica,
allí estás tú, Teresita, víspera del rocío,
en la hornacina pura de un nevado corpiño,
con tu fantasma tenue, concebido en la línea
ligera y sensitiva en que nacen las sílfides.

Suave, sombra, celeste,
soledad silenciosa.

¿Quién te entreabrió ese hoyo de dalia en la sonrisa?
¿Quién te vistió de clara canela carmelita
como a una mariposa?
¿Quién colocó en tus plantas
los descalzos patines de celuloide y ámbar?
¿Quién te ungió las manos de divina tardanza
para que no pudieras
jamás herir las cosas?

Tenue, tímida, tibia,
translúcida, turgente.

Por tu amor, la madera se vuelve una sortija
y la niebla, sonata al pasar por los álamos.
Por tu amor, en el éter se conservan los trinos,
las plegarias se tornan cascabeles azules
y la espiga, una trenza del color de los cálices.
delgada, dulce, débil,
divina, delicada.

Tu doncellez intacta crea nardos ilesos
sobre ese fino valle del aire en los cristales,
cuando sólo es un trémulo sonido que no alcanza
a esbozar en el timpano el espectro del canto.
Novia que viajas sola
en un velero de hostias.
Enamorada pura de la edad de la garza.
Niña, nupcial, nerviosa,
nívea, naciente, núbil.

Cómo veo tus manos pasar por los bordados
y abrir una acuarela de anclas y corazones;
tus ojos que conocen esos duendes de cera
que andan con las abejas al pie de los altares.
Cómo siento tus trenzas ocultas en una gruta,
donde se agrupa el oro bajo un toldo de lino.
Ideal, ilusa, íntima,
irreal, iluminada.

CARTA DE LA TERNURA DISTANTE

Estoy solo. La niñez vuelve a veces
con sus blancos cuadernos de ternura.
Oigo entonces el ruido del molino
y siento el peso de los días caer desde la torre de la iglesia
con un sonido de aves de ceniza.
Pienso qué harás ahora frente al camino blanco
por el que cierto día pasó mi soledad.
En dónde estás? Qué haces?
Bajas aún al pueblo los domingos?
Y a la feria de rosas de castilla?

Recuerdo: tenían tus pupilas color de té y de arenilla
y bullían en el fondo de tus ojos
esos mínimos puntos luminosos
con que escriben los músicos
las más azules y hondas melodías.

Cómo recuerdo tu cabello, hecho con las panojas del estío
y con la leve arborescencia fina
de la miel del topacio
y de la crencha ardiente de la espiga.

Tenias ya sobre los senos
dorados terroncitos
y algo como el azul de la azucena...
Tenias creo yo sobre las sienes
la sagrada blancura de la nieve
y una hebra distante y tan delgada que moria en el cielo.

Tienes aún ese hoyo de nardo en la sonrisa?
Y ese nudo de rosas que te rodeaba los tobillos?

Por qué tu andar me ha parecido siempre
el temblor de un jilguero entre los mimbres?
Recuerdas esos barcos de papel cargados de semillas
que, a veces, pusimos en el río?

Llevaban como en éxtasis nuestras más dulces lilas.
Todas han muerto en soledad y en frío.

Y el pan que abrimos juntos con los dientes?
Salió de él como un ángel su perfume.
Aquí hay pan abundante, pero no tiene aroma
y la ternura esconde como un niño las manos.
Qué extraño es todo lo que me rodea!
Volveré algún día.
El maestro de capilla de la aldea
tocará para los dos aquella música
que tiende sobre un río siete puentes de rosas.

Y por ahora basta. Volveré algún día.
Afuera son las nueve de la noche.
Se esconden poco a poco mis palabras...

CANCION PARA VERTE EN ESTE DIA

Estás más linda que tu espejo herido,
que tus manos cubiertas de castillos
o tus ojos abiertos de diamantes.

Estás más linda que la luz del nardo,
y más ágil que un álamo en puntillas,
más dulce que una abeja sobre un lirio.

Estás más brisa que la joven rama
de un laurel que no nace todavía.

Estás más fugitiva que la música
que se recuerda cuando se está ausente.

Estás más primavera que el bordado
que por primera vez hace una niña.

Estás más transparente que el arcángel
que te baña en rocío las pestañas.

Estás más sueño que el mirar, en sueños,
el sueño con que sueña otra persona.

Estás más beso que perder un beso
y conservar en éxtasis los labios.

Y así estás más amor que mil olvidos...

DESPUES DE NOSOTROS

Mañana, después de nosotros,
volverá a la pradera, en dulce péndulo,
a recorrer la música, un delirante festival.

Las alcobas cerradas
pasarán cabeceando hacia los arrecifes
de una ancha rosa azul.

Quién mirará en silencio
cruzar por los cristales detenidos
las cosas que terminan con la lluvia?

Quién abrirá denoche la unánime
novela que se lee alma adentro,
para buscar el fuego de los días
en la ardorosa y blanca intimidad?

Y, quién verá en las noches de diciembre
salir, al través de las ventanas,
la música delgada de Franz Schubert
que, sollozando, cae en los jardines?

Ah, mañana, después de nosotros!

Cuando la primavera alce sus hojas,
qué luminosas potras de topacio
se empinarán de amor
sobre nuestros sepulcros apagados!

Sobre nosotros pasarán en junio
misas de punta azul y espuma blanca,
los gaseosos orfebres del crepúsculo
y el agua circular de las carretas
que marchan a cambiar largas hileras
de música con pensativas cosas.

Oh, si esta tierra inexorable
que hoy me cose los párpados, amada;
si esta tierra, al fin, se aclarara,
lloraría, temblando, sobre tus manos blancas
como cuando la fiebre me adelgazaba el alma...

Pero esta honda noche, se hace tarde!

Ah, y otra vez, errantes, los gitanos
volverán una tarde a nuestra aldea.
Sé que preguntarán por nuestras manos...
Les dirán que ya nadie puede leer en ellas,
que tenemos la línea de la vida
borrada por dos años de azucenas.

ESPACIO, ME HAS VENCIDO

Espacio, me has vencido. Ya sufro tu distancia.
Tu cercanía pesa sobre mi corazón.
Me abres el vago cofre de los astros perdidos
y hallo en ellos el nombre de todo lo que amé.
Espacio, me has vencido. Tus torrentes oscuros
brillan al ser abiertos por la profundidad,
y mientras se desfloran tus capas ilusorias
conozco que estás hecho de futuro sin fin.
Amo tu infinita soledad simultánea,
tu presencia invisible que huye su propio límite,
tu memoria en esferas de gaseosa constancia,
tu vacío colmado por la ausencia de Dios.

Ahora voy hacia ti, sin mi cadáver.
Llevo mi origen de profunda altura
bajo el que, extraño, padeció mi cuerpo.
Dejo en el fondo de los bellos días
mis sienes con sus rosas de delirio,
mi lengua de escorpiones sumergidos,
mis ojos hechos para ver la nada.
Dejo la puerta en que vivió mi ausencia,
mi voz perdida en un abril de estrellas
y una hoja de amor, sobre mi mesa.

Espacio, me has vencido. Muero en tu eterna vida,
En ti mato mi alma para vivir en todos.
Olvidaré la prisa en tu veloz firmeza
y el olvido, en tu abismo que unifica las cosas.

Adiós claras estatuas de blancos ojos tristes.
Navíos en que el cielo, su alto azul infinito
volcaba dulcemente como sobre azucenas.
Adiós canción antigua en la aldea de junio,
tardes en las que todos, con los ojos cerrados
viajaban silenciosos hacia un país de incienso.
Adiós, Luis van Beethoven, pecho despedazado
por las anclas de fuego de la música eterna.
Muchachas, las mi amigas. Muchachas extranjeras.
Dulces niñas de Francia. Tiernas mujeres de ámbar.
Os dejo. La distancia me entreabre sus cristales.
Desde el fondo de mi alma me llama una carreta
que baja hasta la sombra de mi memoria en calma.
Allí quedará ella con sus frutas extrañas
para que un niño ciego pueda encontrar mis pasos...

Espacio, me has vencido. Muero en tu inmensa vida.
En ti muere mi canto, para que en todos cante.
Espacio, me has vencido...

VARIACIONES DEL ANHELO INFINITO

Si alguna azul mañana de febrero,
tras una larga noche de tormenta,
encontraran tus manos
el cadáver de un ángel en el campo...

Si alguna vez, hacia la media noche,
con tu sagrado sexo en las tinieblas,
te me acercaras tanto,
que pudiera oír cómo cae de tus labios
una dulce minúscula sin letra...

Si alguna vez, después de haber leído
una carta de amor, fueras descalza
hasta el río que amaste cuando niña
y escucharas el tránsito de mi alma...

Si alguna vez variaras sin motivo
la dirección delgada de tus trenzas
y te sintieras una joven nueva
con una diadema de gavillas y heno...

Si alguna vez tus manos se elevaran
tanto hacia el aire que no fueran materia
sino un deseo de sentir el alma
celeste y silenciosa de las cosas...

Si algún día tu voz (la que conozco),
atravesara sola esas praderas,
encontrara una fuente silenciosa
y le enseñara a pronunciar tu nombre...

Y, si pasaran siglos, muchos siglos,
y nosotros no fuéramos los mismos
después de tanto sueño en otras vidas;
sí, entonces, te encontrara de repente
en una ciudad que todavía no existe
y lograra acercarme y estrecharte
con este amor que ahora no es posible...

CARTA A LA MADRE

A estas horas ya habrás cenado
ese pan tan delgado, que al mirarlo,
produce una sonrisa y una lágrima.

Y pensar que yo nunca senti tu hambre,
que te robé un árbol azul y dos arbustos blancos
y que por eso hoy tienes marchitas ya las venas,
y descalza la blanca altura de los senos,
y que un ángel oscuro con un nombre extranjero
tal si fuera una puerta, a tu esternón golpea...

No madrugues a misa ni cojas el sereno.
Yo sé muy bien que amas con el dolor de Cristo.
Mil noches de costura te han llagado los ojos
y la malva morena de tus sagradas manos
tiembla ya con el viento que gira en la ventana.

No sufras porque el sábado amanezca con lluvia
ni porque el río baje con un ramo de lirios.
No sufras porque ha muerto esa gallina blanca
con la que hablara en sueños, una noche, mi hermana.

Ya recibí tu carta. Escrita con romero y pestañas azules!
Me cuentas que se ha muerto mi prima María Augusta.
Ahora que estoy lejos, te diré: Yo la amaba.
Mi timidez de entonces me quebró las palabras.
Baja mañana a verla con un ramo de nardos,
y recitale alguna oración impalpable.
Dile que ya no bebo y que he pasado el año.
Ahora que estoy lejos te diré: Cuánto la amo!

Dime sinceramente qué piensas de este hijo.
Te salió tan extraño.
Renunció todo aquello que los otros ansiaban,
y se hundió en sí, tanto, que quizá no es el mismo...

Seguramente piensas: "Estará enamorado".
Y habrás adivinado. Encontré una muchacha
con una voz blanquísima y los filos dorados,
el pelo hecho de espigas y sortijas de malta.

Y ahora, yo quisiera decirte que te amo,
pero de una manera que tú no sospechaste.
Verás. Ahora te amo en todas las mujeres,
te amo en todas las madres, te amo en todas las lágrimas.
Tú dirás: Esas cosas que tiene..."
No se qué me ha pasado. Talvez esté enfermo.
Talvez los libros raros...
Es que el amor de antes se me ha vuelto tan claro
que siento que ya nada es para mi extraño...

LA PEQUEÑA ORACION

Abre ya, de una vez, los espejos enlutados
que pusiste sobre las placas oscuras de mi féretro.
Abre las ciegas yemas de mis dedos
para que puedan sentir la callada amistad de la materia.

Dame la luz sin nombre de junio o de septiembre.
Dame de aquella agua que aún no hace rocío,
anterior a la nube, cuando es sólo rumor entre tus manos en el aire.

Permíteme que vea tus más tiernos arcángeles
como pequeños libros de escarcha y juventud,
pasar por mi cabeza, titubear en mis hombros.

Ilumina las densas falanges de mis manos
para que puedan acariciar las cosas, sin sangre de deseo;
para que logren adivinar el escondite de las niñas
sin buscar la liviana cicatriz de su sexo.
Para que encuentren en la frente de los muertos
el vestigio floral de una corona.

Disuelve para siempre este secreto manto subterráneo
que me envuelve en su beso taciturno
y me aparta de las cosas claras...

Encierra en los fosos de las ciudades muertas
estos fantasmas que me incitan denoche con su livido aroma.

Que al través de mi frente pueda pasar el aire
como al través de la copa de un arbusto
o la blusa de briznas de una niña.

Y que cualquiera tarde, pueda irme de mi mismo,
al través de mis poros, en mi aliento,
con la huida de música descalza del deshielo!

CANCION ESPIRITUAL AL ARBOL DERRIBADO

No fué el ciclón con sus campanas desgarradas.
Fueron los hombres que viven a tu sombra.
Trajeron hachas finas por el aire.
Trajeron siete hachas por el aire.
Siete delgadas concubinas de odio.
Fué una tarde de ancho ocaso rojo.
Tenían los leñadores sal verde y afilada en las axilas.
Los golpes de las hachas corrian por el bosque
con pies planos y huecos.
Se volvian las ramas azules de sonido.
Hasta que cayó el árbol sobre el dulce costado
cual alto dios antiguo,
con un ruido plural de abejas verdes
y venas arrancadas.

Con aroma de pan y de azucenas se abrieron sus cimientos.
Pero quedò su alma: una fruta alargada y transparente,
sin agua, sin albúmina, sin tiempo.
Su alma de libres llamas corporales, con cintura de heno
y pálida camisa de avena.

Con un temblor de candelabros líquidos
entró en la inmensa desnudez del cielo.
Se hizo un gran silencio de manzanas vacías,
y de la orilla de todos los bosques
partieron a la música navíos,
y una hojarasca de aves invisibles.
El viento prolongó, al pasar, mi pulso,
y la materia ardiente de mis sienes.
El viento llenó el agua de cipreses y silencio.
El alto viento levantó del árbol la sustancia anillada de la música,
el peso de acuarela de los pájaros, las balas de coral de la madera.

Qué material tan puro el de sus yemas.
Qué cera tan sagrada la que entreabrió sus flores.
en tenue sexo de inquietos alfileres.

No volveremos a ver manos azules
subiendo por el aire del otoño?
No veremos ya más su domingo encendido de cerillas
por los niños translúcidos del día?
No veremos ya más esa muchacha ciega
que en puntillas buscaba una sortija de resina?

Deja que ponga bajo tu nuca blanca
esta almohada inquieta de peces de mi anhelo.

No has muerto. No eres hijo de odio ni de muerte.
Vives ahora en el piso más delgado de los cielos.

CARTA A UNA COLEGIALA

Para leer esta carta
baja hasta nuestro río.
Escucharás, de pronto, una cosecha de aire
pasar sollozando en la corriente.
Escucharás la desnudez unánime
del agua y el sonido.
Y el rumor del minuto más antiguo
formado con el átomo de un día.
Mas, de repente, escucharás, oh bella música femenina,
la catarata inmóvil del silencio.

Entonces, te hablaré desde las letras:
Era enero. Salimos del colegio.

Veo tu blusa de naranja ilesa.
Tus principiantes senos de azucena,
y siento que me duele la memoria.

Bella aprendiz de cartas y de melancolia,
con los ojos cerrados y las bocas unidas,
tomamos esa tarde una lección de idiomas
sobre el musgo que hablaba de la cartografía.

Cómo has pasado estas vacaciones?
Sientes alguna vez entre los labios
ese azúcar azul de la distancia?

Mañana son dos años, siete meses.
Te conocí con toda mi alma ausente;
sufría entonces, por la primavera,
un bellissimo mal que ya no tengo.

Recuerda: producías con los labios
un delgado chasquido de violeta.
Pienso en la estatua de aire de tu olvido
mirándome de todas las esquinas,
mi colegiala mía, música femenina.

Tú, en el divino campo. Yo, en la ciudad terrestre.
La calle pasa con su algarabía.
Un fraile. Unas mujeres de la vida...
Un niño con un cesto de hortalizas...
Un carro lento dividido en siglos...

Mañana entramos ya en el mes de junio.
Flotarán en su cielo de anchos aires
objetos de uso azul como las aguas;
y una lejana inquietud de rosas
habrá en el horizonte de la tarde.
En este claro mes de agua plateada
te conocí. Entonces yo sufría
una enfermedad de primavera,
un bellissimo mal que ya no tengo...

LA CASA ABANDONADA

(Entré al atardecer, con sol perdido).

El patio lloraba una estatua vacía.
Profundos caballos de polvo viajaban
hacia los lugares más vagos del moho.

Un hoyo remoto pasaba a la nada.

El vacío entraba con sus muchedumbres
y con sus inmensas campanas ya mudas.

Oí un paso dado en otra centuria
y vi en una cisterna el muñón de mi alma.

Un viento blanquísimo dormía doblado
en un seco lienzo de aves olvidadas.

Un reloj yacia en ácidos profundos
y el peso de un pájaro recorría el muro.

Una niña muerta soñaba en un cuento
dicho desde una alta ventana de niebla.

Hacia atrás viajaba un abecedario,
los días antiguos eran los primeros
por una pequeña compuerta de naipes...

(En un muro blanco, hallé esta leyenda:
"El 7 de marzo murió Maria Eugenia").

Arriba en la tarde flotaban obispos
con lámparas llenas de azufre y de trigo.
Arriba en la tarde.

Y no era yo mismo el que había vuelto.
Era un extranjero al que a veces lloro
y en el que ya he muerto...

AMISTAD CON LAS COSAS

"Antes de que los ojos puedan ver,
deben ser incapaces de llorar".

Ahora que las manos llevo heridas
y que mis ojos beben luz serena,
Ahora que mi amor no llora un cuerpo,
Ahora os vuelvo a amar. ¡Oscuros duendes
del femenino cielo de la tierra!
Mesas de soledad y de constancia,
vasos de circundante transparencia,
pequeñas sillas con las alas mancadas,
vosotras que esperáis un ángel débil.

Vuestras agrupaciones de bohardilla,
vuestras timidas quejas por la noche,
vuestra infinita soledad de ciegos
me oprime el corazón y me encadena.

Hierro de cornamenta mansa y triste,
nevera en flor de cristalografía,
Hilo que la pequeña abuela ciega
perdió en útil amor sobre un pañuelo.

Yo te pronuncio: cesto, arcón, redoma.
Bastón que entras en la porteria.
Candil que tienes roja la solapa.
Copa de fiebre y de melancolia.
Aldaba que acaricia un dios viajero.
Peine que lloras solo, en las orillas.

Te bendigo martillo carpintero,
sobrio camello que amas la madera.
Antiguo arado, árbol que cosechas,
por tu aroma de uvas y centenos.

Estas manos cansadas ya del fuego
acarician vuestro uso fiel y fresco
y sufren vuestra soledad terrestre.

CANCION A LA BELLA DISTANTE

Para Laura

No era mi poesia. Mis poemas no eran.
Eras tú solamente, perfecta como un surco
abierto por palomas.
Eras tú solamente como un hoyo de lirios
o como una manzana que se abriera el corpiño.
Eras tú, oh distante presencia del olvido!

Clara como la boca del cristal en el agua,
tierna como las nubes que atraviesan el trigo
por los lados de mayo.

Dulce como los ojos dorados de la abeja;
nerviosa como el viaje primero de la alondra.

Eras tú y tenias delgadas de esperanza
las manos que me huyeron.
En tu sien, extraviadas, bullian las sortijas.
En tus perfectos ojos abril amanecía.

Estoy tan impregnado de tu voz siempreviva
que hasta esta inmensa noche parece que sonríe
y percibo el borde líquido de tu alma.

Andabas como andan en el árbol los astros.
Rezabas en silencio como una margarita.

Oh quién te viera abriendo esos libros que amabas
con el alma inclinada a la luz de las fábulas!
Qué viñeta de rosas tenían tus mejillas
cuando abrias los labios de amor de las palabras.
Y qué resplandeciente ciudad de serafines
descubrias, de pronto, en el cielo de estio.
Quiero besarte íntegra como luna en el agua.

Mañana en los delgados calendarios de ausencia
te encontraré buscando una pedrezuela tierna
para marcar una hora lejana que aún espero.

Recuerdo aquella tarde cuando quise besarte.
Tenían los cristales un fondo de mimosas
y la antigua ventana mecía los jardines.
Las llamas de los árboles se tornaban oscuras
y un ángel de eucalipto se apoyaba en el muro.

Escuchamos de pronto la carreta profunda
que atraviesa los prados con su carga de junio.
Pienso en aquella tarde y me encuentro más solo!

Las casas recogían la luz del occidente,
los caminos bajaban como arroyos en llamas,
la brisa estaba fija en el borde del álamo.
Pienso en aquella tarde y no sé por qué lloro...

DESCUBRIMIENTO DE LA ROCA MILENARIA

Qué vara de azucena puede medir la noche,
o qué delgada luna puede colmar una ostra?

Sin embargo, en una hoja puede posarse un ángel
con su citara fresca y un ramo de sandalias...

Y yo he conseguido penetrar en la roca.

Hay escalas de luto, descendiendo en sustancias,
hacia una angosta muerte, en tierna quebradura.
Hay evaporaciones de vagas formas lentas,
el peso de cadáveres flotando en el aroma,
una espiga sin grano, cargada de cadenas.

Aspectos repartidos en un tacto de polvo,
planetas hacinados en callada tiniebla,
espacios en que crecen venideras sortijas.

Y todo hace creer
que un ángel ha bajado desde la espuma al peso,
a esa acción que oprime algún remoto centro.

Todo es presencia y agrupado fondo
y extraña ley tendida en lo profundo.
Hay densas muchedumbres detenidas
en formaciones de azul inerte.
La pisada de un niño en un guijarro
abre una luna bajo el horizonte.
Hay materiales encantados
en unánime sueño geológico.
Y lo palpable, a veces,
penetra en manos de inasible ausencia.

Hay música apagada y sumergida
en venas de silencio transparente.
Catedrales y coros de mineral cautivo
donde las voces llenan una copa cerrada.

Estancias hay de soledad nevada
donde ninguna edad ha entrado todavía.
Y resbalan deshielos de música y tormentas
y cascadas resbalan por siglos, sin rumor,
rehuyendo, en futuro, la imposible llegada.

Eternamente los dioses siderales
hablan desde los poros,
desde el panal sagrado de los átomos.
Conozco aquella voz inmensa, muda y clara.
Con la luz de mi sangre ingresé en el silencio.
El tierno fuego lento de las cosas eternas
entra en mi corazón cada mañana.
Y mi alma entra de hinojos en las cosas.

ESQUELA AL GORRIÓN DOMESTICO

Para la bella novia de mi mejor amigo,
sinceramente.

Hermano mínimo, idolillo de musgo,
tú que viajas con muletas de alambre
y una flor de alfalfa en la solapa.

En dónde oí tus pasos de violeta seca,
tu suspiro que tiene cabeza de alfiler,
tu voz liviana y pura de grano de maíz?

Fotógrafo ambulante de los patios urbanos,
yo te envío un saludo
de líquen, de centeno, de albahaca,
un grano de mostaza y una gota de vino.

Te esperaré mañana en la azotea.
Procura ser puntal. Conversaremos
del premio de fin de año de los tréboles,
de la dalia que florece en el as de oros
y de la orografía del tejado.

Después, no sé...

Y cuando esté ya muerto, baja a verme.

Picotea en mi lengua sin cuidado.

Encontrarás en ella las palabras

de amor que ahora se me escapan

y las letras de un nombre amado: Laura.

ESPACIO

Espacio, oh luz del aire donde marchan los dioses,
En ti asienta el viento su montaña de lirios
y el agua su ligera frescura sucesiva.

Entrégame, oh locura, tu viaje de constancia,
tu vaguedad ardiente de fragor y de fuego,
tu dominio de nave eternamente fija,
tu pozo en el que caen, oscuros, los luceros.

Quiero yo desgarrar en ti mi ola de polvo
y olvidar en tu abismo las formas de la idea.
En tu música henchida de armas infinitas
que bajan hacia el río sangrante del verano
cuando es más alto el día sobre el descalzo trigo,
el caballo que arranca del lago un fruto pálido
y el constante alimento que nos abren las nubes.

Tu terciopelo anilla su rumor de ola en éxtasis
dulcemente calda en la copa del mundo.
Tus cuadrigas arrastran los diamantes inútiles
y las hojas perdidas de la heredad del hombre.

Descúbreme los ojos. Sufro por tu distancia
que navega en la llama del gran aliento eterno.
Ya voy hacia tu abismo de ficción y delicia
donde las ninfas huyen hacia sus enemigos
con el cabello en polvo por su veloz retraso.
Ya marcho con mis sueños a tu metal disperso
que horada la ilesa transparencia del viento
con sus naves azules de polvo que se siembra.
Espacio, ola de astros, de hombres y de ángeles,
Espacio, infinita soledad que en sí piensa,
creando la esférica lucha del universo.
En ti mi alma busca su divino destierro.
Alzame hacia tu aroma,
oh absoluta presencia.

CANCION AL TEMPLO ANTIGUO

Te veo aún erguido, más —ay— ya tan lejos
sobre la alta colina y su oleaje esculpido,
contra el celeste muro que derraman los pájaros
en la tarde de rojos navios agrupados.

Te vi caer del cielo en una edad errante.
Ahora ya no puedo siquiera contemplarte:
mis ojos sólo buscan oscuros animales...

Devuélveme los ojos que te amaron,
los que te conocieron en la cumbre,
con tu fresca abadía de palomas,
entre las aves blancas que adelgazan
la permanencia aérea de tus muros.

Todas las tardes tus claros patriarcas
recitan en los fríos ventanales
una lección de trigo a los gorriones;
y cuando pasan solos los rebaños,
hacen girar la cruz de sus cayados.

Y yo no puedo, Amor, mirarte,
devuélveme los ojos que te amaron.

La lejanía te alza en sus veleros
y te circunda de hojas de aire y música.
Los pájaros que caen hacia el cielo
besan el pecho azul de tus columnas,
y yo, sólo a sombrías criaturas...

Y sin embargo ya no te reclamo.
Ciérrame para siempre el paraíso.
Yo estaré con los míos, siglo a siglo,
porque te amo aún, Amor antiguo,
y ellos son Tú mismo...

PENETRACION EN EL ESPEJO

"En una de éstas, te pasas al otro lado
del espejo..."

Entro en ti con mi delgada piel de hombre resucitado
con la misma que, en sueños, salgo a buscar mujeres en
lejanas ciudades.

Deambulo en tu infinita soledad planetaria
en la que aún no ingresan ni el ángel ni la brisa.
Penetro en tu llanura de congelada lumbre
y tu fuego me quema con tornasol de hielo.
Tu fuego que reluce con veloz permanencia.

Quién me entregó esta escala, trémula de pupilas
para medir tu libre progresión de abismos?

Siento cómo tus muros se abren como la lluvia
al paso de mi débil fantasma reflejado,
hecho de la porosa sustancia del rocío.

Atravieso tu tempestad de azogue
y tu plateado cataclismo abierto.
Tus glaciares resbalan a través de mi espectro
abriendo con su música nevada la cristalina rosa de mi alma.

Húmedos visitantes pasan por tus fronteras,
pero nunca se encuentra una huella en tu nieve.
Tus habitantes viven en tu antípoda hueca
y miran tu comarca como un cielo contrario.

Cómo resbalan hacia tu abismo lúcido tus ríos sin orillas;
cómo convergen hacia tu nada límpida
las materias translúcidas que absorbes.

Cuando el fuego hace estallar tus perspectivas
contemplo tu horizonte surgir irrealmente del vacío.
Oh, qué imposible es hallar en ti una axila,
la cápsula de espigas de algún nido,
una herradura de color de luna,
o una muchacha sentada al borde del camino.

La seda en tu interior se vuelve sílice
y el estío, una sábana de azufre.

Deja que baje nuevamente en tu estación de ausentes pasajeros.
—Entraré de puntillas como un hilo de hierba—
Te llevaré una nube fresquísima de ánades
y una ligera selva de enredaderas blancas.

Siente este único día, como se forma espuma en tus esquinas,
siente la nerviosidad humana de las redes;
siente el vaivén descalzo de las plantas acuáticas.
Y deja que esta noche tome un barco de vela
y haga la travesía de tu océano insomne.
Quiero ver, con mi muerte, tu quimera en el agua
y ascender con el alma renacida
por tu escalera fúlgida de abismos.

BREVE CANCION A LA VANIDAD

"animula, vagula, blandula"

Oh efimera y tierna margarita,
lila fugaz, sombra líquida y fina.
Instante leve en el azul ligero
de la inasible línea de la brisa.

Huidiza en la sombra fugitiva,
irisada en la luz que se ensombrece,
vas por el aire, quebradiza y nitida,
y te desmayas en la luz, ilesa.

Permite que te nombre cuando, ágil,
cruzas saltando este minuto aéreo
en el que mi alma cree encontrarte integra
y halla tan sólo tu fantasma mínimo.

CANCION PARA LA AUREOLA DE UNA JOVEN LLAMADA MARIA

Para María de las Mercedes Uribe de
Reyes.

Sé que sueñas el cielo en su cenefa
desde la luna de tu casa azul.
Pero alguien te responde desde el humo:
—Había una muñeca hecha de espuma:
fue a desnudarse bajo el sol y se desvaneció.

Sé que ciñe a tu latido la armonía
y escuchas un arroyo en tus anillos
girar sus labios de oro en tu alabastro cuerpo.
Pero, alguien te dirá desde el Silencio:
—Había una muñeca hecha de brisa,
entró en la Música... y desapareció.

Y sé que, a veces, la Nostalgia te trae
su ciprés detenido en verde garza,
y que la fiel saudade de otro mundo
te pinta de rocío la mirada.
Pero, alguien te dirá a la luz del timpano:
—Había una muñeca hecha de Lágrima;
penetró en la Tristeza y la alegró

Sé que el Espacio, en tu costado ileso
mide su triple flor y su violín;
y, que la intimidad que se desata
en la gola del Ángel, te reclama que vayas
de burbuja, por Abril.
Pero, alguien te dirá en la ternura:
—Había una muñeca hecha de céfiro
y en una canción de Schubert se absorbió.

Sé que en el íntimo cristal de tus sortijas
habitas como mínima princesa
hechizada en la gema del Estio.
Pero, hay alguien que te repite en su alma:
—Había una muñeca de topacio
y un rayo de sol la devoró.

Sé que en tu blanca noche de novela,
desvelada, inquietas por la Sombra
que trae, de puntillas, a la Aurora.
Pero yo te aseguro que en un reino
—había una muñeca en duermevela
y el alma de la Noche la encantó.

Sé que desde el rayo de gasa de los niños
y desde el hondo nadir de cada cielo,
tu alma pregunta al Todo sus confines,
y el por qué del revuelo de la rosa
hasta su leve cómo de caer.

Pero, también conozco que en una vida,

—Había una muñeca

labrada por el sueño de los
Díoses.

Cerró sus ojos y miró en lo Oscuro
el terror y la gloria de los mundos.

ODA AL ARQUITECTO

Oh antiguo Arquitecto de las gaseosas manos,
los candelabros alzan su lengua hasta tu nombre
y mi alma adelgazada te besa entre las cosas.

Tú, en la callada tierra de azafrán de los muertos
y en la ligera mesa en que huye el alfarero
con pie impar y leve.
Tú, en el confin que abrieron las blancas jerarquías
para ordenar el vuelo de las primeras aves
al fondo de una época hoy secreta en tus ojos.
Tú, en los arcos profundos de las aguas genésicas
que labraron un timpano para las caracolas.
Tú, en el espacio eterno, veloz e inamovible,
ausente en la profunda delicia del secreto

Irreal y perenne. Altísimo e íntimo.
Arquitecto sagrado, de las gaseosas manos.

Por ti las rosas mueven sus codos de frescura
y las dalias sus rótulas de ácido rocío.
Por ti el árbol reposa en su quicio de roca
y los antiguos mitos, en sus torsos de mármol,
con los ojos lejanos de mineral continuo,
fijos, despetalados, absortos de pretérito.

Tú respiras la brisa dorada del cabello,
la tibia arborescencia que lactan las gacelas,
la delgadez fragante de los hilos de hierba
y en la última tarde nos respiras el alma.
Por Ti usa la abeja su brújula de rosas
buscando su capilla al través de los árboles.
Por Ti el sur del cielo enrolla sus montañas,
inunda de tristeza el fondo del zafiro
y guarda en una esmeralda el cuerpo de una niña.
Por Ti el corazón sigue golpeando el cielo
y la sangre se tiende sollozando en la tierra.
Oh invisible Arquitecto de las etéreas manos.

Tú, en la ciudad antigua rota por mil clarines,
en el carmin nostálgico de los besos heridos
y en la débil memoria de la nube en el agua.
En el cedro vendado de navios y fábulas;
en el yodo secreto de los pies de los hongos,
sobre sus cabecitas de tierno pan mojado.
En el estio de oro y torres de amaranto *simb. de amaranto*
que llega con centauros y fraguas de berilo *Met. de palacio*
y con rojos ramajes de escorpiones heridos.
Tú, en la física llama del tacto en nuestras manos,
en su secreto ocaso y en su clima cerúleo, *acul. alente*
en sus ciegos riachuelos que te sienten y palpan
y en su hidrografía que va al mar del sepulcro.
Oh sagrado Arquitecto de las eternas manos.

Tú, en la buena madera que amasaste con flores,
con agua hija de nube, nutritiva y delgada.
En el árbol que cuenta los años con coronas,
en sus hojas que tienen un paladar de aroma.
En la antigua montaña, maestra de palacios.
En el bosque en que arden tus azules arterias
cuando el viento de junio suena el cuerno de caza.
En el musgo que extiende su lento manuscrito
y en el polvo durmiente que llora tus sandalias.
Tú, en la blanca vendimia que afana a tus arcángeles
y en su callado viaje al redor del aire.
Tú, en el dorado toro que piensa en el otoño,
en su tierna memoria de gema oscurecida
y en su lenta conciencia que aún no tiene bordes.
Oh antiguo Arquitecto de las aéreas manos.

Por Ti las golondrinas llevan la primavera
con tembloroso luto al través de los mares.
Por Ti tienen los nidos modelada con briznas *hilo fino*
la copa fiel y tibia de un seno femenino.
Por Ti cultiva el mármol su rosal geológico
y encabrita en los frisos sus caballos inmóviles.
Por Ti las codornices tienen la voz de trigo
y las hojas de invierno usan guantes de lana.
El árbol busca el humo de tu celeste altura
y las colmenas cantan su marea dorada.
Oh antiguo Arquitecto de las perfectas manos.

poema José Martí

Tú, en la zona del ámbar que atraviesan los ángeles
con sus carros de cera, su cosecha de lino
y con los tiernos vasos de su temperatura.
Tú, en el hombro desnudo del arroyo en la espuma,
y en el agujón lento del sonido en el sueño.
En el temblor concéntrico de los lagos heridos
y en el sepulcro errante de las voces que fueron.
En la música que anda por el cielo hace siglos
y alguna noche baja hasta nuestros oídos.
Tú en nosotros: dormido, vigilante y profundo,
En la secreta nube de la melancolía,
en este oscuro viaje de adversidad y gloria,
en este vago sueño mortuorio que vivimos.
Respiras nuestro gozo, nuestro dolor, nuestro aire
y en la noche postrera nos respira el alma...